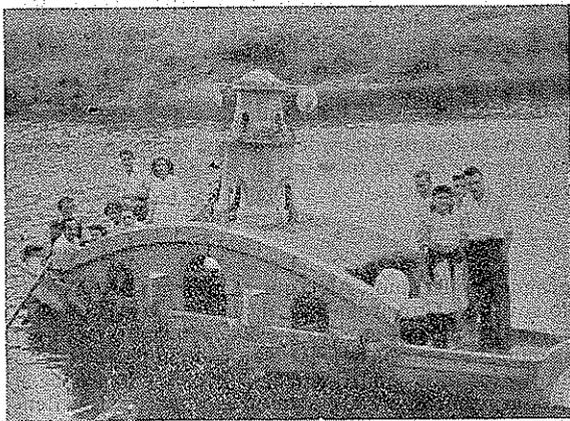


LOS CANEIROS



LO mejor es subir embarcado hasta el famoso campo donde se celebra la fiesta, desde la misma ría o desde más allá, teniendo a la vista Miño, el Breame con su vetusto templo, Gandario y habiendo sorteado los canales que se forman a la altura de Punta Xurela.

Las horas de la mañana son especialísimas para ello. El agua está tersa como una superficie bruñida y la luz se enreda, semejante a una cabellera sin peinar, en unos juncos que nacen irregularmente sobre bancales de arena. El instante es de una verdadera delicia. No puede comprenderse con exactitud aquel ambiente sensible,

con la resonancia de una bóveda, ni parangonarse aquella reverberación fuerte de la sílice que parece ir a dar un fenómeno de brillante espejismo. Todo ello denota, apenas, un calor benigno; un verano primaveral.

El bote cruza, a golpe de remos, por aquí y por allá; frente a los varaderos; bajo los cantiles coronados de castaños o al sesgo de algún bergantín que enfila la ría, con su lona enrollada en las crucetas.

Betanzos aparece después. El puente viejo ofrece la aglomeración de sus excursionistas, sus marineros en camisa de franela a rayas, regateando el pasaje, e industriales del orden callejero vendiendo los objetos fútiles que no pueden faltar: ya abanicos de papel, ya la docena de naranjas o boliches refrescantes. Concertados estos pregones con los diálogos de pretil a bordo, avance creciente de la multitud y saltos sobre el fondo liviano de las embarcaciones de toda clase, resulta un bizarro guirigay. Hay notas de abeja que vuela y rumores de la selva encrespada. El movimiento concluye por fundirse en tanto ruido. No se ve o se ve confusamente. En cambio parece oírse todo, debido al predominio de lo principal, que es la batahola.

De las vías confluyentes fluye un ir y venir espeso, compacto, arrollador. Y en las tiendas y tabernuchas inmediatas promueve gran jubileo el encargo de meriendas. Los parroquianos salen con sus envoltorios, dejando traslucir manchas grasientas de opíparas tortillas con jamón o difundiendo el tufillo caliente de la empanada de sardinas.

Sobre los arcos de piedra se perfila el bulto de la ciudad en acrópolis. Los tejados montan unos más altos que otros, hasta rodear los prominentes ábsides de un templo erigido al final, envuelto todo en una niebla de estrépito que inútilmente trata de ahuyentar la diaphanía. Al deslizarse el bote, alejándose, parten de la torre de la iglesia unas campanadas melodiosas y son el último y el más alto sonido sobre los demás.

Remontando el Mandeo nuevamente, se entra entre dos masas de verdura que tiemblan en las linfas como suaves sombras de terciopelo. Un soplo embriagador orea las sienas, mientras las palas de los remos, siguen chapuzando levemente y con delicia. Una flecha de oro cabrillea detrás de la popa, otra hiere la borda, otra fulge en el espacio al separarse el palio verde de la fronda, mientras una mata de campanillas se sacude y se moja en la corriente. Éste es el panorama estrecho, tortuoso y sorprendente a cada paso, por contraposición al que se deja en las afueras de la ría, frente a Miño, donde se abarcaba el trozo de marina riante, con un solo golpe de vista. Aquí, no. Aquí el escenario no tiene permanencia, formándose y deshaciéndose sucesivamente, como los dibujos de un cielo surcado de nubes bajas. Un sauce reemplaza a un álamo, ni más ni menos que un bastidor en la comedia de magia sube el telar para que aparezca otro. Una luz se atenúa o se apaga, al modo de una instalación eléctrica, perfecta y preparada de antemano. Y entre ramaje, entre resplandores,

entre penumbras, espadañas, lirios amarillentos que se asoman a las márgenes y caballos del diablo que pasan arrastrando sus azules membranas, el río huye bajo el timón, después de haber puesto en los ojos un marco amable.

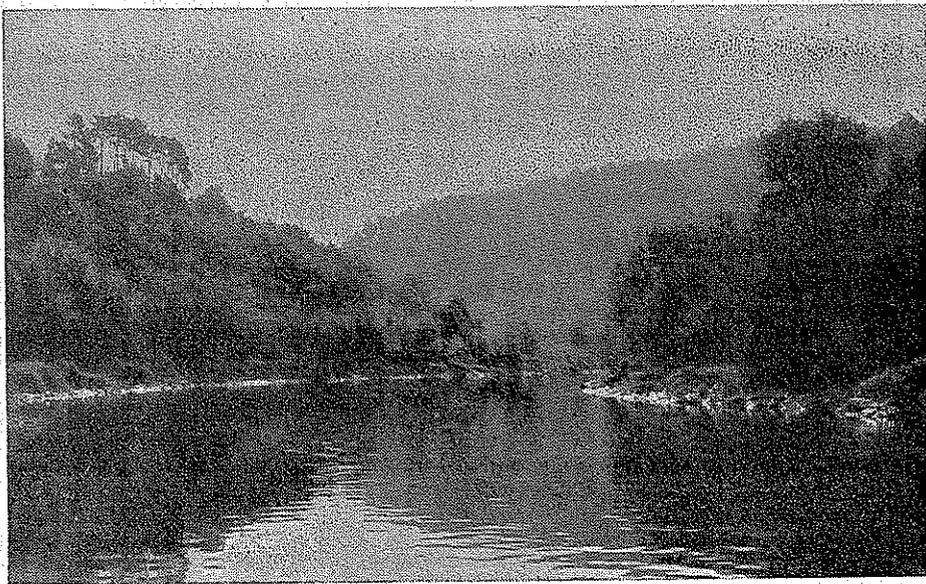
En los Caneiros se ensancha, corriendo a nivel del césped. Hora es ya de que digamos un poco de esta fiesta aristocrática, gentil, única de Galicia, que pierde el sabor a romería con que todas se engalanan.

Empieza hacia el fin de la tarde. Hasta este instante todo fué un paréntesis, una espera, un medio de reunirse allí con antelación para saborear la regia orgía en que toman parte la noche, las flores y la serenata. Existe en ella una remembranza digna de las repúblicas italianas. Las frágiles barquichuelas disfrazadas de gondolas o naves ducales, inician un paseo lento, llevando en sus puentes farolones caprichosos que salpican de policromos lunares el crepúsculo. En los bancos van acondicionadas las cestas de hortensias, de donde la mano las toma paulatinamente para saludar, para componer una floralia aérea, para despertar una batalla de blandos aromas, quebrando la limpidez del río con yerbos despójos cuyo hácinamiento marcha buscando los claros libres e impetuosos, tan majestuoso como un montón de cadáveres que transitase alguna sagrada via fluvial, conducente a la eternidad.

Por un momento entretéjense las serpentinas, flamean puntiagudas grímpolas en los mástiles y se aúnan las músicas en cadencia triunfal, mientras se engrosa con rapidez encantada el contingente de naves, hasta formar un conglomerado sin solución de continuidad. Entonces cesa el desfile circular. Ha sido hecha la señal de regreso. Y la monstruosa balsa, aquel acoplamiento de buquetas, falúas, balandros y gabarras se abandona a sí mismo. Ya no caen al Mandeo las hortensias ni las serpentinas. Las franjas policromas que pintaban los faroles, tampoco reflejan en el agua, oculta bajo tanta quilla y tanta sentina. Son las mismas personas quienes reciben la luz en sus rostros o en sus trajes, devolviéndose sin gran esfuerzo los últimos proyectiles venidos a su alcance.

Escena elegante, fantástica, cuya sugestión sería imposible describir de un trazo. Como los matices de una escala espectral, como una emanación de perfumes encontrados, se resiste a la síntesis. Parodia de un carnaval exquisito, remedo de una apoteosis veneciana, fecha original o visión exagerada de alicientes infinitos, la náutica expedición vuelve insensiblemente hacia la arcaica Brigantium, donde morirá la última vela que arde entre el papel rizado y dejará de oírse el compás de mazurka que simula galante nocturno.

OSÉ SOTO PICOS



"Remontando el Mandeo nuevamente, se entra entre dos masas de verdura que tiemblan en las linfas como suaves sombras de terciopelo."

(Foto Veiga Roel)